

Por Danilo Trelles

La Comisión Permanente de la Comunidad Económica Europea ha estado reunida estos días en Madrid a fin de considerar algunos de los aspectos de la difícil negociación para la entrada de España en la CEE.

No será, sin embargo, éste el tema de estas notas. Nuestro interés fundamental consiste en aprovechar esta ocasión para analizar la posición de la Comunidad en torno al problema del desarrollo y el resultado de las experiencias que se han realizado en este campo en el curso de los últimos años. Este análisis podría servir para interesantes reflexiones acerca de cuáles son las perspectivas en las relaciones de la CEE con América Latina y sobre qué bases se podría plantear su desarrollo.

Dado que existe un documento básico sobre este tema, que fue el presentado por Edward Pisani, comisario de la Comisión Europea encargada del desarrollo, será forzoso referirse a él en muchos pasajes de este ~~resumen~~ <sup>resumen</sup> global que intentamos, con la constancia de que se parte de conclusiones donde los problemas son analizados desde la óptica de los intereses europeos que lógicamente muchas veces nosotros no compartimos.

Debe decirse, en primer término, que las estrategias de la ayuda al desarrollo de la Comunidad se aplican fundamentalmente a los países de la ACP (Africa, Caribe y Pacífico), como se ha dado en llamar al grupo de 63 naciones adheridas a los convenios de Lomé I y II y muy lateralmente a los países de la ASEAN (Asociación de Naciones de Sudeste Asiático) y América Latina, que aparece mencionada muy fugazmente, casi en el epílogo del informe. Se habla incluso con más fervor de un grupo nuevo de naciones que se denomina como "los países del sur y el este del Mediterráneo" y que son en realidad los países árabes e Israel, y sobre los cuales la Comunidad considera indispensable aplicar sus mejores esfuerzos, una vez que se hayan resuelto los problemas que implica mantener en pie las estructuras montadas en los Convenios de Lomé.

=====

No creo que los buenos propósitos que se proclaman a menudo en las conferencias internacionales, al analizar las relaciones de los países industrializados de Europa con el Tercer Mundo, ~~en el fin de sus intereses~~, atiendan a una intención franca y abierta de resolver nuestras angustias. He tenido oportunidad de escuchar muchas veces, en esas ocasiones, algunas reflexiones que expresan con franqueza cuáles son las verdaderas posiciones con

Por Danilo Trelles

relación a esos problemas.

"Antes de ayudar - decían algunos - a menudo a pura pérdida, a países muchos de los cuales están menos en vías de desarrollo que en vías de subdesarrollo, ¿no sería mejor ayudar a nuestras propias regiones en crisis?". Y otras aún menos contemplativas: "En este momento en que la Europa de los diez está alcanzando los 15 millones de parados, es acaso razonable ayudar a esos países a transformarse en nuestros competidores directos?". Y por fin, otras reflexiones que no disimulan cierto cinismo: "Una Europa otra vez próspera después de haber dirigido hacia ella misma sus propias caridades, ¿no estará acaso en medida de ayudar al Tercer Mundo más eficazmente que una Europa empobrecida y en camino del subdesarrollo?".

Las respuestas a estos argumentos se encuentran posiblemente menos en un concepto de solidaridad humana que en el de los intereses bien entendidos, ya que es evidente que los países industriales tendrían mejores posibilidades de multiplicar los negocios con un sector del mundo más próspero, que con el que deben tratar hoy en día.

si aceptamos esta premisa, la Comunidad Económica Europea, que destina actualmente la tercera parte de sus exportaciones al Tercer Mundo, debería ser la principal interesada en favorecer su desarrollo y su prosperidad, puesto que esto revertiría inevitablemente en su propio beneficio.

Sin duda, algo de esto estaba presente en el informe de Pisani a la Comisión de la CEE al advertir que los intereses económicos de los diez y la seguridad de sus aprovisionamientos en materias primas merecían ser tomadas en cuenta: "No hay salida a la crisis económica mundial - afirmaba Pisani - sin un relanzamiento del crecimiento económico de los países en vías de desarrollo".

A pesar de las objeciones tradicionales de un egoísmo económico mal inspirado, esta proposición es sin duda menos temeraria de lo que podría creerse. En efecto, a pesar de las apariencias, la opinión pública en los países industrializados de Europa es hoy menos hostil a la ayuda al desarrollo de lo que ha sido nunca. Lo que ella rechaza son ciertas formas de ayuda a los países en vías de desarrollo, no el principio mismo. Las imágenes atroces que se han mostrado en las pantallas de televisión sobre la hambruna de 1974 en el Sahara y en Etiópia, habían sensibilizado sobre la suerte de los países más pobres.

No quisiera perder la oportunidad de decir que estas fabulosas posibilidades de la televisión, de sensibilizar a la opinión pública acerca de los grandes problemas que enfrenta nuestro continente, no han sido aprovechadas nunca por las organizaciones estatales o instituciones especializadas de \_\_\_\_\_

nuestro continente.

Por otra parte, confirma esta capacidad de sensibilización de los europeos, el hecho de que algunos partidos políticos de la Comunidad hayan incluido en sus programas electorales proposiciones para un aumento sustancial de la ayuda al Tercer Mundo.

Es por esto que cuando la Comisión de la CEE propone, para resolver el problema del hambre en el mundo, la ayuda a la producción alimentaria, no hace otra cosa que interpretar un sentimiento de la propia opinión pública.

=====

No obstante la aparente generosidad del planteo de la Comunidad acerca del problema del desarrollo, esta visión suscita algunas salvedades importantes.

Es cierto que la CEE ha facilitado ayudas alimentarias de urgencia a muchos lugares donde ella era necesaria y que incluso éstas fueron renovadas muy frecuentemente, permitiendo salvar millones de vidas. Pero el arma alimentaria es un instrumento de doble filo, sobre todo cuando tiene la tendencia a transformarse más en habitual que en excepcional, ya que el sistema termina por crear nuevos hábitos de consumo, tendiendo a sustituir la producción natural de esas regiones, lo que determina, como efecto, la perspectiva de perpetuar la dependencia del país beneficiario, en relación de los productos agrícolas provenientes de los países ricos.

A principios de los años 60, los países en vías de desarrollo importaban 25 millones de toneladas de cereales por año; en 1978-79 estas importaciones habían pasado a más de 80 millones; en el año 2.000 ellas pueden alcanzar los 220 millones de toneladas. El otro drama es que los países pobres son ya incapaces de hacer frente a la vez a su factura petrolera y a su factura alimentaria. Su deuda ha llegado a niveles que constituyen hoy un problema mundial: globalmente, hacia los años 80, se había multiplicado por 15, mientras que los intereses de esa deuda se habían cuadruplicado. En América Latina, cuya deuda externa, hacia fines del 83, alcanzaba 332.460 millones de dólares, hace bastante tiempo que las exportaciones totales, en varios países, no son suficientes para pagar solamente los intereses de esa deuda.

¿Cómo se ha llegado a esta situación?

Indudablemente los dos grandes choques petroleros de 1973 y 1979, han tenido efectos devastadores sobre los países en vías de desarrollo. Pero sería importante preguntarse también si, en una importante medida, todavía difícil de cuantificar, la metodología de la ayuda al desarrollo practicada hasta

ahora, no ha tenido como objetivo el poner fin a situaciones de injusticia, sino que "por el contrario, tuvieron como finalidad realizar en los países en vías de desarrollo, las inversiones más seguras y las más provechosas". Cito de nuevo una afirmación del informe Pisani a la Comisión Europea de la CEE, y me permito agregar que estas inversiones fueron facilitadas, en muchos de nuestros países, por la instalación de regímenes más atentos a lucrar con las oportunidades que les brindaban esas operaciones, que "a servir verdaderamente los intereses nacionales.

El informe Pisani subraya además que los países que disponen de entrada de una buena infraestructura económica y administrativa, "son los que absorben mejor la ayuda al desarrollo". "Esto, - continúa el informe - sin una formación suficiente de hombres, sin una capacidad mínima de auto-administración, puede tener como efecto fijar aún más a los países en vías de desarrollo en su miseria".

=====

El otro conflicto que subyace sin duda en el problema del subdesarrollo, es la incoherencia de ciertas políticas que evolucionan a doble banda. Por un lado, los países industrializados están interesados en exportar costosas y complicadas tecnologías o intervenir en la instalación de grandes plantas que deparen inmediatamente importantes beneficios. Por otro lado, los gobiernos - muchos de ellos son regímenes de facto - están muy amanudo más interesados en el desarrollo de este tipo de obras, que deslumbran por su grandiosidad y que permiten oscuros juegos económicos en beneficio de grupos conectados con el sistema - que el desarrollo de una multitud de pequeños proyectos a nivel mismo del interés de las poblaciones, sin mayor brillo para la política interna y sin efectos de retorno sobre las economías de los países ricos.

Se agrega a/<sup>todo</sup>esto la gestión poco eficaz de la ayuda recibida, la prioridad dada al aparato del Estado y a las ideas de una élite formada según las normas de los países industrializados, y por último a la preferencia acordada a las ciudades en detrimento directo del campo.

Los gobernantes de los países en vías de desarrollo "han buscado modelos y relaciones privilegiadas con poderosos partenaires, en lugar de buscar en ellos mismos, en su suelo, en su cultura, en su alrededor y en sus recursos humanos, los factores determinantes de su porvenir".

La industrialización no ha registrado, en los países en vías de desarrollo, ningún progreso importante.

El Europa Occidental, el desarrollo agrícola había precedido, en el si-

glo XVIII al desarrollo industrial, pasando por las fases de un artesanado cada vez más desarrollado. Muchos países en vías de desarrollo han creído poder quemar etapas y montar sus industrias sin cuidarse de las enseñanzas de la historia económica. Las decepciones han sido numerosas y crueles. Muchas fábricas, inauguradas con mucho esplendor hace apenas unos pocos años, se han transformado hoy en un triste decorado de vidrios rotos y de máquinas en ruinas.

Sería sin embargo injusto achacarnos exclusivamente las culpas. La Comunidad Europea tiene también su parte de responsabilidad en ese fracaso, ya que muchas veces restringió el acceso al mercado europeo de los productos de exportación de los países en vías de desarrollo, productos que provenían de las mismas fábricas cuya instalación ella alentó y contribuyó a que se construyeran. A título de ejemplo podría citarse el caso de las industrias textiles.

La Comunidad ha pecado de incoherencia puesto que jamás se ha preguntado dónde, cuándo, cómo y por qué, podía haber una interacción entre sus políticas de desarrollo interior (política agraria común, política industrial, política energética, sistema monetario europeo) y su política de desarrollo. No se ha reflexionado suficientemente en lo que debían de haber sido los objetivos de su ayuda, sino que se han aplicado simplemente a la calidad de la ayuda.

Dado que los proyectos importantes son más identificables, verificables y cuantificables a medio término, la Comunidad ha ignorado los enormes problemas que a largo término condicionan el éxito o el fracaso de toda política de desarrollo. Por ejemplo, la lucha contramel avance del desierto en el Sahara es una empresa que exigirá al menos 50 años de esfuerzos, en tanto que las dos Convenciones de Lomé, que pretendieron impulsar el desarrollo de esas regiones, tenían apenas una duración de cinco años.

Será necesario extraer algunas conclusiones de estas experiencias. Y apelar para ello sobre todo a los resultados de los acuerdos con los países de la ACP, no sólo porque es allí que la Comunidad se ha aplicado con más interés y dedicación, sino porque estos ejemplos resumen una filosofía, ante la cual debemos ubicarnos exactamente los latinoamericanos, si de verdad queremos marcar los límites y los riesgos de los programas de ayuda al desarrollo.

Es lo que intentaremos hacer en una próxima nota.

---